

La conservación de las montañas



Eduardo Martínez de Pisón

LA CONSERVACIÓN DE LAS MONTAÑAS

EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

*Conferencia pronunciada en la novena edición de las
“Lecciones Fernando González Bernáldez”
el 5 de octubre de 2017 en la Facultad de Ciencias
Biológicas de la Universidad Complutense de
Madrid, con motivo de la entrega al profesor
Eduardo Martínez de Pisón de la distinción que
otorga la Fundación Fernando González Bernáldez.*

**Fundación Interuniversitaria Fernando González
Bernáldez para los Espacios Naturales**

Facultad de Ciencias, Módulo 08, despacho 504.5

Universidad Autónoma de Madrid

28049 MADRID

fungobe@fungobe.org

www.fungobe.org

Edición: febrero de 2018

ÍNDICE

Presentación	5
LA CONSERVACIÓN DE LAS MONTAÑAS	7

PRESENTACIÓN

Se recoge en estas páginas la conferencia pronunciada por el profesor Eduardo Martínez de Pisón en el acto en que recibió la distinción Fernando González Bernáldez, otorgada por la Fundación del mismo nombre. Este acto, que tuvo lugar el 5 de octubre de 2017 en la Facultad de Biología de la Universidad Complutense de Madrid, constituyó la novena edición de las “Lecciones Fernando González Bernáldez”. En ellas la personalidad galardonada interviene como conferenciante para abordar un tema relevante en el ámbito de las ciencias de la naturaleza y de las relaciones entre sociedad y medio ambiente, ofreciendo, al tiempo, un cierto resumen, revisión o panorama de su propia trayectoria científica e intelectual, cuyas amplitud y excelencia se trata precisamente de reconocer con esta distinción, otorgada periódicamente por la Fundación que lleva el nombre del profesor González Bernáldez, en recuerdo explícito de su legado.

La conservación de las montañas es el título de la lección ofrecida en esta ocasión por Eduardo Martínez de Pisón. En ella se consigue de modo especialmente completo ese doble propósito de revisión de un tema o cuestión y de recorrido retrospectivo por el propio itinerario personal.

El conferenciante fue presentado por el profesor Rafael Mata, Catedrático de Geografía de la UAM y actual Presidente de EUROPARC-España, quien glosó la figura de Martínez de Pisón en su triple dimensión académica, intelectual y personal, resaltando su compromiso con la defensa y la conservación de las montañas. Catedrático emérito de Geografía de la Universidad Autónoma de Madrid, Martínez

de Pisón ha desarrollado una larga carrera docente e investigadora que le acredita como una de las figuras más prestigiosas del panorama académico de la geografía española. Además de científico, Martínez de Pisón es escritor, montañero y un gran divulgador.

En relación con sus trabajos medioambientales, Martínez de Pisón ha recibido, entre otros reconocimientos, el Premio Nacional de Medio Ambiente, la Medalla de la Comunidad de Madrid y la Encomienda al Mérito Medioambiental. Por su contribución a la expedición española al Polo Norte recibió la Medalla al Mérito Militar con distintivo blanco.

Fundación Fernando González Bernáldez

LA CONSERVACIÓN DE LAS MONTAÑAS

INTRODUCCIÓN

“None of Nature's landscapes are ugly so long
as they are wild”

John Muir, 1901

Este acto tiene para quien esto escribe varios y hondos significados. Me reúne con colegas y con recuerdos que abarcan buena parte de mi vida profesional, con ideas y proyectos, con preocupaciones y trabajos científicos y proteccionistas, con afectos personales, con conceptos claros y compromisos éticos. Con paisajes que piden lealtad, merecen respeto y necesitan apoyo. Por eso quiero hablar en él de conservación de la naturaleza y, en concreto, de la montaña, paisaje con el que me siento, como todos saben, particularmente vinculado. Lo importante no es, sin embargo, la conservación sino la montaña. Lo que nos mueve y obliga es la faz de la Tierra, la calidad de la faz de la Tierra, y la conservación no es sino el instrumento para mantenerla o para recuperarla. Es muy voluntaria, pues, la elección del asunto, y muy afín a quienes lo promueven y me rodean.

Un acto como éste implica a quien interviene en él. En cierto modo le pide memoria, el relato breve de una dedicación que pueda explicar su presencia en una distinción tan digna y tan intrínsecamente universitaria, incluso titulada con un nombre explícito que honra y da un sentido hondo y vital, más allá de lo amistoso, científico y moral, que ya sería bastante, a quienes la otorgan y quienes la reciben.

Quisiera expresarme con claridad, imitando al agua de montaña, dejando ver el fondo, pero temiendo no poder evitar la penumbra que casi siempre aparece en las palabras. Sé que no hay que confundir lo claro con lo simple. Hay que intentar ser lo primero sin caer en lo segundo. Que las cosas se digan claras no quiere decir que sean fáciles. Ser claro es una obligación profesoral, pero sin dejar de lado la complejidad de los asuntos, pues la simplicidad, la reducción de la realidad a esquemas elementales es lo contrario a la exigencia intelectual. No obstante, las ideas simples y confusas son bastante más frecuentes que las difíciles y diáfanas. Lo son en la enseñanza, en la cultura, en el arte, en la política, en la vida. En la misma conservación. Estamos, pues, inmersos en oscuridades. Estamos rodeados de simplezas. El profesor experto es quien sabe que debe arrojar luz para desvelar en lo posible la difícil realidad. Una luz, una claridad previa e imprescindible. No sé si lo lograré. Haré lo que pueda, pues las montañas lo requieren y el acto y ustedes lo merecen.

Para ello, dividiré mi intervención, guiada por mis propias vivencias, pues hoy me conceden este papel, en los siguientes apartados. Primero haré una breve ponderación personal de las montañas en general; en segundo lugar me referiré a sus significados culturales. Después hablaré, aunque sólo a través de mi experiencia directa, de algunos de los ataques que sufren, con ejemplos concretos, y mencionaré algunas de las defensas con las que, en nuestras limitadas posibilidades, hemos podido responder. Y finalmente haré un llamamiento, desde la perspectiva de mi edad, a las generaciones que toman el relevo, para que no cejéis, para que insistáis y avancéis en la protección de las montañas.

MONTAÑAS DEL MUNDO

“Glaciers, soleils d’argent, flots nacreux, cieux de braises!”
Rimbaud.

Las montañas, lugar bello como pocos de la Tierra, han sido el paraje difuso de las fronteras, de los límites y confines apartados, de los misterios, temores y fábulas. Del dibujo incorrecto en los mapas. Sólo muy recientemente, en los siglos XIX y XX, se fue completando su exploración orográfica y se hizo rigurosa su cartografía. Por eso también han sido largo tiempo lugares de reserva natural con leve humanización, han llegado incluso a nuestros días en estado de acreditada calidad paisajística y, por ello, suscitaban en los espíritus ilustrados y románticos respuestas culturales elevadas y en los positivistas indagaciones en una naturaleza que se presentaba espléndida y con alto grado de espontaneidad. Y allí encontraron ambos motivos suficientes para una nueva mirada de las artes en luces, colores y escenarios desconocidos, y para conclusiones científicas innovadoras, entre ellas nada menos que la hipótesis de la gran glaciación universal.

Y, cuando se fueron desvelando, una a una, las montañas perdidas, a veces al lado mismo de casa, y lanzó una parte de la humanidad sobre ellas una mirada contemplativa y complaciente y encontró gozo hasta en sus peligros, se descubrió y difundió un modo superior de la grandeza del Planeta y un inagotable universo de paisajes. Cuadros, libros, composiciones musicales, trabajos etnológicos, geografía, estudios de la naturaleza, ofrecieron al mundo escenarios nuevos no sólo de hombres sino de soledades hechas de pliegues, rocas, torrentes, glaciares, picachos, de una atmósfera leve y turbulenta, de bosques, flores, hierbas, líquenes, insectos, peces, lobos, rebecos, osos, águilas,

buitres... Y dio como resultado, en concreto en Europa, un aumento bastante tardío de lo que se entendía como la Creación. Junto a la exploración de los mares, los polos, los desiertos, al adentrarse los audaces y los sabios en las montañas completaron con ellas el gran cuadro de la Tierra. Pensad en el largo tiempo que la humanidad vivió privada de la estima de estos paisajes y entenderéis lo que ganó cuando los incluyó en el repertorio de sus mejores escenarios.

Con desigual fortuna, aquel hallazgo portentoso es lo que se quiso guardar en las condiciones en que fue encontrado, por ejemplo en Yellowstone, creando un modelo, o, hace sólo cien años en España, con nuestros dos primeros Parques Nacionales en un macizo de los Picos de Europa y en un valle del Pirineo. A la observación sucedió, aunque no sola, la protección. Ya el turismo del XIX creó una industria propia de la montaña, como ocurrió en Suiza, o las talas de bosques o la caza sin freno o ciertas actuaciones técnicas –minas, saltos de agua, comunicaciones- pusieron en riesgo o acabaron con la imagen de parajes considerados como santuarios intocados, de modo que el proteccionismo surge de dos fuentes: una clara, las calidades de los paisajes encontrados, y otra oscura, las amenazas inmediatas de sus pérdidas.

Hagamos una distinción, procedente en nuestra lengua, entre montes toponímicos y montes específicos, como aclaración previa de lo que entendemos como montes y como montañas. Entre los primeros están, con forma de pico o sistema rocoso y glaciar, el Monte Vinson, los Montes Urales, el Mont Blanc, los Montes Pirineos, los Montes Malditos, el Monte Perdido, el Monte Carmelo y nada menos que el Monte Everest y el Monte Olimpo... En los segundos, su referencia se establece en nuestra calificación forestal bien tradicional de monte alto, monte bajo, monte hueco, monte tallar, monte bravo, monte grueso, monte pardo, monteverde, etc., o administrativa, como los Montes Universales o los Montes de Toledo, o en topónimo definido por la masa arbolada, como los Montes Torozos o Montejo, o por otras características (Monte del

Agua). Pero más allá de la semejanza entre palabras, la relación de montes y montañas encierra una lección de geografía, consagrada a partir de Humboldt, expresiva en sus gráficos del Teide o del Chimborazo, plagados de nombres de plantas en el interior de sus perfiles (el monte en la montaña), que prolongaron sus seguidores en el Himalaya y otros grandes relieves. En el territorio español, como es sabido, una muy significativa parte de las masas boscosas se establecen en las laderas montañosas, de modo que la aplicación de esa imagen humboldtiana sería la síntesis de un aspecto básico de nuestra biogeografía. Y el monte en la montaña pasa así a constituir una clave del paisaje natural y rústico de esas cordilleras y sierras, con significados culturales que son por tanto identificativos.

En nuestro clásico Diccionario de Voces Geográficas Españolas, de 1796, el bosque es un “terreno poblado de árboles silvestres y maleza” y el monte, la “parte de terreno inculto, que no ha sido labrado de continuo y se halla poblado de árboles, de arbustos y matas”, así como “los puertos, sierras y cordilleras, cubiertos a trechos de peñascos, de árboles y de pastos”. Por lo tanto, también es equivalente a montaña. Ésta, más en concreto, es un “terreno elevado y pendiente en las sierras o montes” y “las cordilleras de peñascos en que se advierte la misma desigualdad de superficie; y colectivamente se toma por un país o territorio de suelo desigual y difícil de transitar”. En la sugestiva novela de W. Fernández Flórez *El bosque animado* se presenta el monte, en la literaria fraga de Cecebre, con sensibilidad y acierto: “La fraga es un tapiz de vida apretado contra las arrugas de la tierra. [...] Es toda vida: una legua, dos leguas de vida entretejida y cardada, sin agujeros, como una manta fuerte y nueva [...]. La fraga es ella misma un ser compuesto de muchos seres. Como la ciudad. Pero es más varia que la ciudad, porque en la ciudad el hombre lo es todo y su carácter se imprime hasta en el panorama urbano, y en la fraga el hombre resulta apenas un detalle del que se puede prescindir”.

La vegetación está, de este modo, en el centro del sistema y, si hablamos de montañas, encerramos sus montes en el concepto de modo fundamental. Cuando, a principios del siglo XX, los pirineístas franceses Franz Schrader y Lucien Briet propugnaron la protección de Ordesa, su estímulo procedía de la necesidad de conservar sus bosques y especialmente sus hayedos y abetales de los leñadores y, cuando, poco después, siendo ya Parque Nacional este valle, surgió la polémica sobre las talas de sus hayas, éstas centraron de nuevo las razones conservacionistas, de modo que el estado compró las fincas de las cortas para remediarlo, incrementando con ello la exigua superficie inicial del Parque. El bosque, pues, en el paisaje, el monte en la montaña y ambos en síntesis natural. En cambio, en los Picos de Europa la conservación inicial estuvo más centrada, como algo propio del cazador Pedro Pidal, en la fauna y la actividad cinegética.

La idea científica estaba expresada entonces de modo general en la geografía europea, que proponía el estudio de las formaciones vegetales como centro de relación ecológica por el francés Paul Vidal de la Blache y, como elemento definitorio de los tipos de paisajes naturales, por el alemán Siegfried Passarge, cuyas “zonas de paisajes” tenían un énfasis explícito en su conexión con las cubiertas vegetales, como los países de bosques, de estepas, las tundras y los desiertos.

El monte, además, ha sido y sigue siendo esencialmente útil, un aprovechamiento, por lo que es a la vez natural y social, más o menos espontáneo e histórico, enlazando así no sólo dos pisos climáticos de la montaña, sino dos factores y dos escalones territoriales, el antrópico de los valles y el agreste de las cumbres. El bosque ha sido percibido, por último, como lo inculto y peligroso, lo mismo con emboscados que con faunos, con elfos o con alimañas. Es el recinto cerrado entre panoramas abiertos, de vistas limitadas y sonidos difusos, el ambiente oscuro entre la luminosidad de la altitud, a veces el escalón de la niebla, y ciudad invisible de seres

vivos, como decía Fernández Flórez. El bosque es, de este modo, especialmente simbólico y, por tanto, en nuestros espacios geográficos, acumula este carácter con especial intensidad a los demás de las montañas. Todos nuestros bosques tienen, en fin, un rostro humano, a veces visible en su claros o en sus especies, pero también por regulaciones y usos, tal vez ocultos en oficinas y archivos, pero bien influyentes en sus fisonomías. El bosque, adaptándose a los cambios del clima y a las acciones del hombre, fluye también en el espacio y en el tiempo.

“Cada rincón del mundo es reflejo de la Naturaleza entera”, escribía Alejandro de Humboldt en sus *Cuadros de la Naturaleza*. A la vez, en cada rincón del mundo, la Naturaleza se expresa de un modo particular y complementario, de modo que es el tejido de todos los paisajes lo que constituye la realidad geográfica, con su sabia mezcla entre lo particular y lo universal, entre el hecho y la norma. De modo que es recomendable visitar cuantas montañas sea posible en una vida.

Si la experiencia de lo grandioso se puede obtener casi en cualquier montaña, eso no obsta para encontrarla sobre todo donde el volumen de ésta adquiere su máximo. El Everest es un diente magnífico de la mandíbula de la Tierra, según expresión de Mallory, quien tal vez fue uno de los dos primeros hombres que llegaron a su cumbre o, al menos, es seguro que a su proximidad. Y basta que esté ahí –como se repite que este mismo alpinista respondió a un periodista– para que un geógrafo que estudie las montañas se acerque a él y escudriñe devotamente sus flancos. El enorme escarpe de su cara norte muestra una imponente masa de rocas himaláicas apiladas sobre las que descansan las famosas “bandas amarillas” sedimentarias, de remoto origen marino, que definen la cima de la Tierra. Las fuerzas tectónicas de la cordillera se expresan allí rotundamente en esos dos rasgos: el gran frente rocoso de forma alada y el levantamiento hasta el confín del planeta en altitud de un antiguo fondo oceánico. Además, grandes fracturas verticales y angulares, tapizadas

de hielo, marcan la respuesta rígida del macizo a tales esfuerzos orogénicos. Al sur, el Everest se resuelve en una forma piramidal, de roca oscura que contrasta con el entorno glaciar, barrida la nieve en altitud por los fuertes vientos del oeste, y el macizo se complica con cimas yuxtapuestas, como las del Lhotse y el Nuptse, pero también muestra su desnivel, sus bandas doradas culminantes y las fracturas angulares que forman grandes rombos helados en sus flancos. El valle de Rongbuk, que se abre en la vertiente tibetana bajo el pico y queda colgado en cotas superiores a los cinco mil metros, ha sido largo tiempo considerado un lugar sagrado con un monasterio budista alojado en su soledad, lo que se derivaba de la lógica profunda de las viejas culturas que bautizaron la montaña con el nombre de una diosa, Chomolungma. Era otros siglos y muchos pensarán que sería arcaizante soñar con su retorno, pero entonces entendieron el lugar con pensamiento más profundo y respetuoso que el de los pragmáticos chinos que han levantado allí vulgares instalaciones turísticas.

Estas montañas están esculpidas en tajos profundos por los glaciares pleistocenos, holocenos y actuales, con oscilaciones pulsadoras que, en un balance final, muestran una disminución progresiva. El circo del Janu podría ser un ejemplo de forma espléndida de excavación glaciar a la escala del Himalaya. Pero son los largos valles del alto Karakórum las mejores muestras de tales modelados y especialmente el del Baltoro, enmarcado por cumbres ingentes sobre los siete mil y ocho mil metros de altitud y aún recorrido por una extensa lengua de hielo, todavía evocadora de otros tiempos climáticos de la Tierra. El puntiagudo Laila Peak sobre el glaciar Gondogoro, la aislada y esbelta Torre de Mustagh, las severas agujas graníticas del Trango perdidas en la tormenta, los pliegues asombrosos de los Gasherbrum, el Mitre Peak con la forma de su nombre, la copiosa fuente de cascadas de hielo del Chogolisa, la inverosímil pirámide gigante de perfecta geometría de Charakusa, el castillo helado y torreado del Pajju, o la voluminosa y altísima del Chogori o K2, escindida a partir de fracturas colosales y dibujada

internamente por una red estructural de rombos que hienden su roquedo como un sistema, todo este conjunto conforma uno de los paisajes montañosos más fascinantes del mundo. Están también ahí, esperando pacientemente no sólo su escalador sino su geógrafo. “Todo esto hallé debajo de la tierra: / geometría enterrada”, escribía con acertada intuición poética Pablo Neruda. Y esa profundidad se ha elevado aquí en altos muros o ha sido excavada con el potente arado de los glaciares gigantes cuaternarios para su contemplación por los naturalistas errantes.

En las ocultas cordilleras de Asia, como la Hengduan, en China, hay igualmente picos extraordinariamente armoniosos, como el Miancimu, en la cadena del Meili, cuyas formas resultan directamente de un entramado de fracturas de geometría fractal. O picos muy altos, de aspecto himalayesco, como el Minya Konka, estriados de hielo, en el inestable límite tectónico entre el altiplano del Tíbet oriental y la depresión de Sichuan, indicador activo de una de las más portentosas historias de una inacabada orogénesis terrestre.

En la cadena meridional de Alaska, con nieves copiosamente alimentadas por la proximidad del Pacífico y guardadas por los fríos septentrionales y la altitud, se extienden amplios campos de hielo, de soledad y de silencio, que emiten hasta el mar lenguas largas y lóbulos glaciares de piedemonte, y picos recubiertos por una coraza de nieves congeladas en cornisas, volutas y domos. En la Groenlandia occidental hay perdidos fiordos cuyas paredes rocosas, de gneises de muy vieja edad, se despliegan escalonadas hasta inmediatas cumbres a más de dos mil metros sobre el nivel de las aguas marinas. Allí, frentes glaciares que proceden de lenguas, circos y campos de hielo suspendidos, dejan ver en sucesivos arcos morrénicos las pulsaciones de sus últimas oscilaciones climáticas. En las montañas de Noruega los altos rellanos helados forman en reducido un paisaje similar en la especial soledad propia de los lugares fríos.

Pero, por la cadena andina que recorre los paralelos a un lado y otro del Ecuador, el mundo de los glaciares de montaña se prolonga en altitud por la banda intertropical con macizos enérgicos, como el del Huascarán y el Chopicalqui, o con formas acuminadas como la volcánica del Cotopaxi, cuyas grietas con largos carámbanos forman cristalerías de marcada personalidad glaciológica y paisajística. Y prosigue lejana la cordillera hacia el prominente Aconcagua y los relieves patagónicos con sus dos campos de Hielo Continental y los escarpados relieves graníticos, tan formidables, de los macizos del Fitz Roy, en crestería, y, en torres y agujas, del Paine. Y, desde las puyas peruanas a los bosques fueguinos, los paisajes vegetales y los hábitats de una fauna magnífica con los símbolos del cóndor y el puma multiplican en ese recorrido los caracteres solemnes de la naturaleza andina. Más al sur, tras el Paso de Drake, en la antártica isla de Livingston se levanta, como un reflejo de las montañas del Gran Norte, una nueva prominencia helada, el Monte Friesland, cuya moderada altitud no impide, por latitud y oceanidad, su recubrimiento casi total por glaciares pujantes en forma de domos, cornisas, laderas, circos y lenguas. Todos nos han atraído y dado trabajo y, con él, conocimientos a la vez de la variedad y de las normas de los paisajes de montaña. Todos ellos y muchos más que no procede enumerar son un gran don de la Tierra.

Por último, puedo considerar como “nuestras” (¿o “mis”?) montañas las cordilleras, cadenas, macizos, sierras y volcanes de Eurasia y, particularmente, los europeos y españoles. Entre ellas, resalto como expresivas y cercanas a mis trabajos geográficos, los Alpes (por ejemplo, una aguja de granito del Mont Blanc), el Pirineo (podría ser el caso de un pliegue tumbado en las Tres Sorores) y el Teide (el majestuoso volcán sobre el Atlántico). Los Alpes, que reúnen todo, precipicios, glaciares, bosques, prados, ganados, pueblos, ciudades, deportes, turismo..., paisajes en suma, son el modelo de las montañas, el físico, el histórico y el cultural. En lo bueno y en lo malo. Pero nos quedamos con lo primero. El relieve es alpino, también los son la tectónica, la fase orogénica, la

vegetación escalonada, el clima, el poblamiento, la idea, el arte, el alpinismo... Si hay un eje geográfico claro del entendimiento de la montaña éste pasa por los Alpes.

Cuando Pedro Pidal inauguró en 1904 en España el alpinismo de dificultad escalando el Naranjo de Bulnes, importó a nuestra orografía, exploración y deporte lo que de Saussure había logrado en 1787 en el Mont Blanc o Whymper en 1865 en el Cervino: subir a lo inaccesible. Siguió aquí, pues, un modelo europeo -eso sí, con cierto retraso- y estableció inmediatamente una raíz propia que tuvo un notable despliegue al convertirse él mismo en el promotor de los Parques Nacionales españoles, en este caso bajo el modelo norteamericano, lo que se tradujo en la ley de 1916 y en las declaraciones prácticamente simultáneas de Covadonga y Ordesa, lugares ambos de montaña, como tales Parques en 1918.

Picos, valles y bosques fueron así protegidos en estos dos símbolos como un conjunto, también comprendiendo directamente su fauna, porque los montes son algo más que montes. Su elección era manifiesta valorativamente, su número tan exiguo meramente simbólico y su escasa superficie claramente insuficiente, de modo que nuestros Parques Nacionales iniciales fueron, sobre todo, una puerta que se abría. Lo demás dependería de nuestra capacidad de continuidad y de expansión del modelo, que sigue abierta. Además, la presencia histórica y actual del hombre en nuestras montañas ha redibujado parcialmente, pero con aspectos a veces intensos y siempre interesantes, sus tapices paisajísticos naturales, de modo que su huella, por ejemplo en el hábitat rural tradicional, es también un componente territorial muchas veces admirable y digno de un cuidado específico. Para ser bien entendido lo que aquí expreso, con estos elementos sumados seguiría mi recorrido selectivo por la Cordillera Cantábrica, por el Moncayo y Urbión, por Gredos y el Guadarrama, por Sierra Nevada y el Teide, entre otras montañas, en los dos sentidos que venimos expresando: en el de la geografía que busca entenderlos y en el del

ciudadano que los valora y decide protegerlos. Lo uno lleva a lo otro y, así, hoy no cabría distinguir –como ocurrió al inicio de la protección de nuestros espacios naturales montañosos- a quien estudia o asciende de quien estima lo contemplado y de quien quiere conservarlo. Esta dirección, en cambio, es difícil que pueda invertirse o saltarse un peldaño. Puede no darse completa, pero es el sentido del camino. Si no, pronto se advierte que falla o falta algo.

SIGNIFICADOS

“Pero en el fondo del idealismo subyacía el recuerdo, al menos, de un mundo de cosas que estaba en el origen de sus representaciones. Por ello, tal vez, en el idealismo, para jerarquizar el orden de lo real, se pretendió encontrar un lugar en el que situar ese mundo de las ideas: el yo, la mente, el lenguaje, la historia, el mundo más allá del mundo, eran, entre otros, los espacios posibles en los que las representaciones podían hallar su justificación y referencia”.

E. Lledó. El silencio de la escritura.

Porque, además, los paisajes están compuestos también por significados. Por sus reflejos en la experiencia y en la cultura, por sus lecturas directas e indirectas. Vivencias, experiencias, conocimientos, afectos, actitudes tienen estrechos enlaces. El paisaje tiene sus espejos en las obras humanas de ciencia y arte que revierten en él y lo completan. El paisaje tiene contenidos, no sólo elementos, de modo que otras lecturas profundas nos ayudan a su comprensión, nos conducen y amaestran la mirada y se convierten en componentes de su totalidad. Los significados ponen un ser humano en la naturaleza con conceptos como bello, sublime, armonioso, luminoso, o feo, vulgar, desagradable, roto, tétrico. Y añade no sólo percepción, sino interpretación y, a veces, creación. El paisaje es siempre territorio interpretado; si no, se queda en simple territorio, que es otra cosa. Y la creación añade lo que

antes no había, por ejemplo un cuadro sobre la Jungfrau, un poema sobre el Mont Blanc o una composición musical sobre el valle de Oberman, y, a partir de entonces, tales aportaciones son parte del paisaje de esos picos o de ese valle literario. De este modo, todo lo volcado por la cultura sobre la montaña es también su paisaje. Y, como tal cultura, es abordable con método a través de la historia, de las corrientes estéticas y de ideas, así como de las genialidades personales.

La montaña estricta, su interior, su volumen, ha sido largo tiempo un ausente en nuestra cultura europea. Era lo remoto, la linde, el confín de la cuenca hidrográfica, lo enmarañado, confuso, laberíntico, boscoso, donde dominaba progresivamente la naturaleza desabrigada, incluso lo escarpado e inaccesible, lo frío, lo helado, lo tormentoso. Todos sus elementos eran sentidos como negativos y la respuesta habitual eran el temor y el rechazo. Había que esquivarlas en los viajes; y, si esto no fuera posible, no merecían ser miradas en el paso de los collados, sino temerlas en su penoso tránsito cuesta arriba entre abismos o por la presencia de salteadores. Los habitantes eran escasos, pendientes de la supervivencia, solitarios, aislados en sus valles, desconectados de las corrientes del llano y la ciudad, con sus originales modalidades culturales montañosas, incluso con costumbres y dialectos locales. Ese lugar del miedo ocasionó el tardío entendimiento de la montaña, sobre todo de sus sectores abruptos y elevados. Y, como de todo lugar sin suficiente conocimiento, se apoderó de ella la leyenda. Los mitos dieron relato a lo inexplicable, a las grandes serpientes de hielo, a los duendes y monstruos, a los aludes y riadas, al nacimiento de la altitud, a la nevada, a las morrenas y bloques erráticos, a las piedras que hablan, a las cavernas, a las ánimas en pena que gimen de frío, a los que pierden el camino, a los bosques..., a los cambios climáticos y hasta al origen maldito de algunos de sus habitantes.

Aunque vuelta interesante la naturaleza montañosa por la transformación en las ideas del Renacimiento y mantenido su atractivo como tema pictórico en los paisajistas holandeses

del siglo XVII, el cambio conceptual sobre ella se hizo radical a comienzos del XVIII cuando naturalistas itinerantes como el suizo J. J. Scheuchzer encontraron en su recorrido una fuente inagotable de datos y un provechoso recurso para su enseñanza, lo que se plasmó en un libro que abrió aquel mundo a quien pudiera interesarse por regiones tan cercanas y tan mal conocidas de la Tierra: *Itinera per Helvetiae Alpinas Regiones*. Los paseos solitarios de Rousseau por la montaña y su afán por herborizar en ella, su desbordado sentimiento de los Alpes, divulgaron y atrajeron hasta la cordillera a poetas, filósofos, ideólogos, pedagogos y científicos. Y, a finales de aquel siglo, la ascensión de Saussure al Mont Blanc y su propagación cerraron el ciclo definitivo de apertura de la admiración por la naturaleza de la montaña hasta los mismos hielos de sus cumbres. A comienzos del XIX, la conquista por Ramond de la cima pirenaica de Monte Perdido, ya en Aragón, trasladó el mismo estilo y pensamiento, con un toque más declaradamente romántico, al Pirineo. Por entonces también Humboldt en el Teide y en el Chimborazo formaliza la ascensión como parte del quehacer de un científico de campo. Y, a partir de entonces, tal romanticismo se hizo cargo de la montaña.

La montaña se llenó de significados. Románticos, claro está, pero no sólo. También de ciencia positiva y de observación meticulosa. Por ejemplo, se ha hablado de una “cruzada del barómetro” ilustrada y decimonónica para medir las altitudes de todo cerro, de modo que el laberinto intrincado se fue domando, esclarecido por tales cruzados, en un juego explícito entre la emoción y la razón, lo que se trasladó a los mapas, progresivamente más exactos, con todas sus consecuencias, y así fue paso a paso desde los Pirineos al Pamir o al Monte Everest, en cada sitio con su propia historia y finalmente con un acopio ingente de información. Y el mismo viajero por placer se contagió de tanto afán llenando sus cuadernos de notas y bocetos de paisajes. Al acabarse el XIX había así ya dos siglos de viajes, ascensiones, ciencia, pintura, literatura y música de montaña, que la habían recalificado como paisaje cultural de primera línea.

No era sólo obra de aficionados. Allí se inspiraron los músicos Liszt y Wagner, el pintor Turner, los escritores Senancour, Goethe, Byron y Hugo, o el geógrafo Reclus. Así, entre nosotros, la ciencia de ayer y de hoy reconoce las concretas aportaciones de los geólogos Casiano de Prado, Macpherson, Quiroga y Calderón en una placa de granito situada en plena Sierra de Guadarrama -nombres a los que tal vez habría que añadir otros, como el de naturalistas Bolívar-, justamente calificados de “sembradores de cultura y amor a la naturaleza”. Desde más lejos, en nuestra poesía podemos leer ocasionalmente, por ejemplo en el XVI, en Fray Luis de León: “Sierra que vas al cielo / altísima [...] / recíbeme en tu cumbre, / recíbeme, que huyo perseguido”. Pero no será hasta finales del siglo XIX y principios de XX cuando se consolide en la cultura española una línea, en principio minoritaria - intelectual, científica, pedagógica y artística-, de aprecio intenso a la montaña, con Giner de los Ríos primero e inmediatamente con la Generación del 98 –Unamuno, Machado y Azorín en concreto- hasta su mayor difusión popular en las sociedades montaÑeras del primer cuarto del novecientos.

De esta dedicación surgieron estimas: la montaña como símbolo de las grandes fuerzas naturales, de la erupción, de la tectónica, de los poderes constructivos y destructivos de la Tierra, de los grandes escenarios naturales a la puerta de casa, de la elevación y del abismo, de la potencia del frío, del agua y de la vida, del rodar del tiempo tras las pulsaciones climáticas, de pérdidas y recuperaciones, de las conquistas de la altitud, de las alta majadas, de los puertos, de las cumbres, de los hielos. Y, de todo ello, la concepción de tal todo como paisaje, lo que implica sumar a la globalidad de las entidades objetivas las identidades subjetivas.

Aquí nos asiste un profundo sentido cultural otorgado por la literatura, la pintura y la filosofía, con focos tan distintos como en los pintores suizos del XVIII y XIX o los poetas del británico Lake District, o desde las imágenes pastoriles

tradicionales a las de los hielos glaciares de Pars, Brett o Loppé, o desde un Cervino romántico de Bierstadt a una rocapájaro alpina del surrealista Magritte. Es como si toda la cultura se hubiera prestado a una aportación completa de facetas, matices, tendencias. Comprender las montañas es, desde entonces, entrar en todo ello, saber sumar artes y ciencias, y dotar al conjunto de entidad moral, en el sentido gineriano del Guadarrama. Compartir el sentido hondo y múltiple que, por ejemplo, tradujeron al arte Machado, Beruete o Sorolla. No parece injusto considerar que, tras todo esto, por sus significados, el acercamiento a la montaña también debería requerir un adecuado conocimiento científico e intelectual, algo o bastante de afecto cordial y estético e incluso un tanto de profundo compromiso ético.

ATAQUES Y DEFENSAS

Ataques

No son cosa pasada ni circunstancias superadas. Cuando escribo estas líneas me llega una petición de apoyo para evitar que se instale un funicular en el área del Lago de Sanabria, artefacto que desnaturalizaría aún más el lugar, pese a estar protegido como Parque Natural (autonómico). No hace mucho, en un reportaje de televisión, un alcalde pragmático de los Picos de Europa reclamaba lo mismo para su pueblo, refiriéndose a un lugar ubicado dentro de un Parque Nacional (es decir, supra-autonómico). Parece imposible erradicar que reaparezca siempre alguien, un particular, una empresa, un político, que no conciba todos los espacios sino como negocio, con imparable tentación por aquellos donde puede intuirse que el provecho material puede ser más rentable y sin importarle en absoluto si su ubicación allí es francamente inoportuna. Hay modelos de todo, de montañas profanadas, de montañas santuario, y elegimos entre ellos según nuestros criterios, intereses, conocimientos, sensibilidades, pertenencias, y según las calidades, funciones, etc., del lugar, pero entre tantas tendencias opuestas, irreconciliables,

también hay opciones que saben discriminar, encontrar acuerdos por ejemplo en el concepto de sostenibilidad matizado por la idea de cambio. Y hay que optar. Para ello, cada caso, cada paisaje debería requerir un estudio. Pero está claro que hay que ser consciente de que ejercer la protección puede estropear ciertos negocios y de que hay negocios incompatibles con el buen estado de la naturaleza, del paisaje y de su adecuado disfrute porque destruyen calidades que prioritariamente merecen protección.

En este sentido, no es una entelequia proponer el establecimiento riguroso de una geografía de las calidades, sino contar con un instrumento de discriminación paisajística sumamente útil. Para cualificar y diversificar lugares en mutuas correspondencias, para elegir funciones en ellos, para conocer valorativamente las diversidades, para prevenir y para actuar. Cuando se tiene tal geografía se perciben también con precisión los tipos y las intensidades de los ataques a la naturaleza en determinadas ubicaciones. Es un mapa explícito o tácito de valoración de espacios y con ello de previsión de actuaciones adecuadas o inadecuadas en su superficie o en su mosaico. También la conservación tiene, por tanto, su propia perspectiva cartográfica de las calidades y valores de lo no conservado.

El mayor ataque que experimenta en estos momentos la naturaleza de la alta montaña no es directamente humano, aunque puede considerarse indirectamente antrópico, pues deriva del reciente y actual cambio climático, que repercute en la disminución generalizada de las áreas glaciares en superficies y espesores, hasta el punto de ser un fenómeno visible incluso para el profano, ocasionando no sólo retrocesos de frentes y disyunciones entre lenguas compuestas sino desapariciones de aparatos menores. Se constata de Alaska al Ruwenzori y de éste a la Patagonia. Y lo hace con velocidades alarmantes, en Groenlandia, en el Himalaya, en el Aneto. En menos de un siglo nuestro Monte Perdido ha perdido su lengua inferior con su cascada de séracs, se ha dividido en dos núcleos colgados y éstos se han biselado en

sus peldaños, con pérdidas de espesor perceptibles. Desde el dibujo perfecto de las morrenas del glaciar del Aneto, formadas en el avance histórico de la Pequeña Edad del Hielo, a los frentes actuales que preludian la escisión de los hielos residuales y avisan de su cercana extinción, los granitos pulidos muestran ahora el espacio creciente de lo que hasta hace poco fue el lecho oculto de un glaciar pirenaico espléndido, claro está en su modesta dimensión. Es un hecho físico grave, que incumbe al Planeta, afecta al paisaje, al sistema hídrico, a la erosión, al conjunto montañoso, asociado a otros factores, agentes y elementos, pero también al mismo simbolismo de las altas cotas, basado sustancialmente en el glaciar desde la cultura alpina y en particular asociado a su alegoría nacida en el Mont Blanc. Perturba, pues, tanto a la naturaleza como a la cultura de modo trascendente.

Los paisajes de las montañas medias y bajas son herederos de aprovechamientos tradicionales que reconvirtieron los espacios originales en terrenos funcionales, que explotaron montes, ordenaron bosques, abrieron canteras, cazaron rebecos y cabras monteses, regularon aguas, repartieron prados o labraron campos. Los bancales, de China o el Nepal a la Gomera pasando por el Sobrepuerto, rehicieron las laderas de innumerables montañas corrigiendo sus pendientes para asentar en ellas sus labrantíos en trabajos que admiran por su esfuerzo. Esta es la herencia, hoy tantas veces perdida por el abandono de las tierras, por el vaciamiento de los pueblos, la destrucción propia del tiempo, el desinterés por el paisaje rural y la llegada del dinero fácil que reconvierte los viejos territorios en solares.

Un grabado del siglo XIX puede mostrar, por ejemplo, no sólo una aldea de construcción de característico estilo local, limitada en su superficie y caserío, sino un cerro junto a ella coronado por un hermoso castillo, conjunto que mereció que el viajero dibujante de aquel momento se detuviera ante él, lo plasmara en su cuaderno y luego extendiera la imagen entre sus clientes. No mucho después el castillo fue destruido voluntariamente cuando dejó de resultar funcional, más tarde

el caserío aumentó, se desdibujó la planta antigua del pueblo y finalmente edificios de tipo urbano englobaron o sustituyeron la arquitectura popular. Sólo el reconocimiento de los mismos picos que rodean el pueblo permite asegurar hoy que el lugar en que estamos es el mismo que el plasmado en el grabado. Lo actual parece próspero y urbano. Lo de ayer era bello y arraigado. No ignoro que mucha gente prefiere el paisaje actual al del grabado por razones prácticas; por eso existe, claro está. Otros se preguntan, en cambio, si es o no compatible la calidad del paisaje con el desarrollo. Habría que intentar que lo fuera, aunque en muchos casos sea ya algo tarde.

La industria turística llegó a nuestras montañas, con el ímpetu y estilo que ya había mostrado en las costas, con alguna tardanza respecto a éstas, pero dentro del mismo esquema económico. Coincidió en su última expansión con tiempos de burbujas financieras e inmobiliarias, lo que multiplicó su afán edificador y, así, tomó como solar por construir los valles pirenaicos o los piedemontes serranos y sus efectos permiten trazar hoy una geografía nueva de la urbanización sobre esos viejos paisajes. Este tratamiento, que también tenía sus precedentes en los Alpes desde el siglo XIX, aunque con otra magnitud, había provocado censuras muy claras en la geografía francesa decimonónica, entre otros en Reclus y Schrader o, en el XX, en el escritor Samivel, especialmente en su novela titulada *El loco de Edenberg*, que retrata con lucidez el proceso de cambio. La reconversión territorial resultante, no sólo arquitectónica –ya notable–, es manifiesta. Nuestros políticos repiten como justificación la frase hecha de “fijar población”, pero, pese al crecimiento de las superficies edificadas, en el interior de las montañas realmente los habitantes fijos no crecen o siguen decayendo. Los edificios de apartamentos o de chalets en los pueblos tradicionales o en urbanizaciones nuevas albergan casi sólo pobladores ocasionales en fechas determinadas por el calendario festivo provincial o nacional. Pero el paisaje rural ha quedado reconfigurado y el sentido de la misma montaña ha cambiado para el habitante y no digamos para el visitante.

De este modo, mientras se dejaba unas veces en la ruina la vieja edificación y en otras se rehabilitaba, los andamios, las grúas y los camiones se adueñaron de determinados valles asociados a ciertas estaciones de esquí y rehicieron su fisonomía urbana o convirtieron en canchas deportivas equipadas laderas nevadas, altos collados o vaguadas apacibles. En lugares especialmente inscritos en este proceso, las obras en pueblos y también en sitios apartados llegaron a su paroxismo en el primer decenio del siglo XXI y fueron detenidas temporalmente por la crisis que sacudió nuestra poco sensata economía poco después. Ahora, tras la sacudida al paisaje, tenemos que contar con esta montaña reformada.

Con anterioridad, hubo, a partir del comienzo de los setenta del siglo pasado, numerosos intentos de transformación turística, como preámbulo de este mismo estilo, de determinaos lugares de nuestras montañas especialmente valiosos. Es lo que ocurrió en Peñalara, por ejemplo, con la estación de esquí de Valcotos; la amenaza que llegó hasta la misma cumbre del Mulhacén; la entrega del Teide como prolongación del turismo costero; el proyecto de un teleférico a la cumbre de la Maladeta y de otro a la del Monte Perdido; las propuestas de planes turísticos agresivos en diversas sierras, por ejemplo en el Lago de Sanabria, etc., verdaderos ataques a la integridad de los paisajes montañosos españoles con los que me encontré inevitablemente en mi vida profesional y cuya contestación no esquivé. Pero no sólo las altas montañas experimentaron amenazas por búsqueda de nuevos espacios para el negocio de la nieve, por las aglomeraciones en refugios e incluso en cumbres debido a la transformación del montañismo en actividad turística o por el traslado a la naturaleza montañosa de deportes inicialmente de cancha como el patinaje, el atletismo, el motorismo y el ciclismo, sino también las medias y bajas: trazados de autopistas, construcciones de embalses, implantación de parques eólicos, etc. De este modo, acudiendo a nuestros recursos legales y administrativos, sólo se podría recurrir a las declaraciones de espacios protegidos (autonómicos y

nacionales) para preservar parajes selectos o representativos, que no son todos los necesitados de protección, quedando planteada además una disyuntiva entre conservación estricta de terrenos acotados o entrega al deterioro de todo lo demás, pues la ordenación territorial general carece de los instrumentos necesarios en este orden de cosas o no tiene interés en crearlos o en aplicarlos.

Quiero recordar algunos de esos ataques muy brevemente, ya que luego hablaré de las respuestas que generaron desde mi profesión de geógrafo, dejando necesariamente aparte las muchas, en diversos foros, desde la conciencia de ciudadano. Por ejemplo, el plan de acceso a Bulnes de 1986, que seguía la línea de proyectos de redes de teleféricos por el macizo central de los Picos de Europa; el proyecto de convertir en suelo urbanizable un sector interno en el alto Gredos con su estación de esquí, que tuvo un fuerte apoyo político en los setenta; el progresivo deterioro de la Sierra de Guadarrama desde su base a su cumbre como espacio satélite de Madrid, incluso con pérdida de su calificación protectora en Peñalara; la utilización del Teide, ya Parque Nacional, como atractivo complemento del turismo de masas en Tenerife con su parador, su carretera, su teleférico, sus restaurantes; la pérdida de autodefensa natural –por su escasa frecuentación– de las cumbres centropirenaicas. Hay más, por desgracia, pero me ceñiré a estos casos, que son suficientemente expresivos, no sin la sensación de haber asistido, al menos en parte, a la derrota de un paisaje.

Defensas

Como acabo de indicar, ese movimiento transformador no fue unilateral. Hubo rechazos y respuestas a sus daños. Estas réplicas nacieron de motivos cordiales y de planteamientos racionales. Tomaron formas sociales de protesta pero también dieron lugar a propuestas expertas. Conozco de cerca ambos modos, pero aquí me referiré solamente a algunas de las defensas de las montañas elaboradas con método científico,

más concretamente con las que me siento implicado, y, dentro de ellas, a las que me parecen ahora más significativas.

Estamos en una tradición conservacionista a la que no renunciamos. Queremos proseguirla y aumentarla, porque es aún geográficamente insuficiente y porque las circunstancias van cambiando. Las redes territoriales de control han capturado todo el espacio en nuestra península y nuestras islas. No hay nada ya ajeno, inalcanzado, oculto, no hay aquí confines que se escapen a tal red. Hay que otorgar, pues, a cada metro cuadrado su papel, su función, su dedicación, su nombre y calificativo. Y así, en nuestras montañas hay que aplicar a cada parcela o a cada paisaje un destino o se lo aplicarán otros que tal vez busquen en ellos provechos inadecuados a sus calidades. Tenemos, pues, que recurrir al repertorio de figuras en la normativa cuyas directrices puedan ser más adecuadas a los valores de los sectores de la montaña donde la experiencia y el conocimiento dictan que se deben salvaguardar.

En 1918 se nos dio el ejemplo de lo que hay que hacer al proteger como Parques Nacionales dos montañas excelentes. Fue la apertura de una dirección. Una estación de partida. En 1932 se inauguró en el Guadarrama, cerca de su puerto de Navacerrada, la Fuente de los Geólogos antes mencionada. Fue la indicación de un procedimiento. La defensa de las montañas está basada en estos dos pasos y con su trasfondo en todo el carácter simbólico adquirido por ellas en la cultura europea. Lo local es decisivo en la concreción de los hechos, los lugares, las calificaciones territoriales, en la definición de lo geográfico, en el sentimiento de pertenencia, etc., pero el sentido de la actitud conservacionista lo desborda y se asienta en esos tres principios: el espíritu de la ley, el criterio de la ciencia y la posición moral de la cultura. Tenemos todo ello dispuesto para actuar, para tomar la iniciativa.

Por eso, cuando se propuso en 2007 la consideración del Parque Nacional del Teide como Patrimonio Mundial, nos sumamos a ello con una objetiva demostración geográfica del

valor de sus paisajes: por la calidad del lugar, por la mejor valoración de dicho Parque, por los datos que la ciencia podía revelar y asegurar, y por encauzar el modo de la visita al volcán y la expansión de su imagen hacia un destino menos trivial que el que le dan las superficiales visitas turísticas al uso. Cuando se logra un renombre internacional también se adquiere una responsabilidad más acusada y este hecho, más que la fama, que tiene sus lados negativos, ayuda a no bajar la guardia en la conservación.

Por eso también, en 1987 realizamos un análisis de los Picos de Europa asturianos, tras las propuestas políticas poco ponderadas de su entrega turística a medios mecánicos de remonte, plasmando en mapa, fichas y textos sus caracteres naturales reales, sus valores muy especiales y las conveniencias, en cambio, de extensión del espacio entonces protegido a la totalidad de los tres macizos montañosos de tales Picos. Por las mismas razones propusimos para la Sierra de Gredos en 1975 su declaración como Parque Nacional, lo que sirvió de contrapeso al simultáneo potente proyecto de urbanización que procedía de sectores empresariales y políticos entonces muy fuertes; batallamos duramente para evitar aquella amenaza, pero sin un documento proteccionista con texto y mapa y un decidido apoyo universitario a esta opción, no hubiéramos tenido la solvencia que adquirió nuestra propuesta. Más tarde consolidamos estos estudios y propuesta y sólo después llegó la inacabada protección de Gredos como parque autonómico, pero la sierra finalmente quedó a salvo de la versión productivista de los promotores de la estación de esquí y su ciudad adyacente.

Por eso mismo trabajamos en el Pirineo aragonés en tres propuestas concretas: primero, en el cambio de siglo, en la extensión de la Reserva de la Biosfera Ordesa-Viñamala a unos límites razonables y su puesta en funcionamiento, procurando evitar acciones tan contrarias a su sentido como la absorción de Espelunciecha por la estación de esquí de Formigal. Un atlas de mapas de paisajes cumplía con la

función de ilustrar lo estudiado, de valorar los hechos y de otorgar al gestor, para su acción, un instrumento de conocimiento detallado. Hoy parece que, por fin, la Reserva se ha puesto en marcha, tras un largo período durmiente. En segundo lugar, desde los años setenta pero sobre todo desde los ochenta, propusimos la conservación expresa de los altos macizos pirenaicos a través de una protección expresa de sus glaciares y sus entornos, que actualmente está activa, aunque las masas de hielo se reducen inexorablemente. En tercer lugar, hemos propuesto, mediante un estudio pormenorizado, la ampliación de la exigua superficie del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido a cuatro veces su tamaño actual, con justificación y concreción geográfica suficiente, tanto local como en relación al papel de este Parque pirenaico en su red nacional. La propuesta, bien concreta, está ahí, existe; se podrá tomar o dejar, pero ya no será un tema difuso o una mera muestra de propósitos. Demos tiempo al tiempo, pero la celebración centenaria de este año 18 podría ser un buen momento para tal crecimiento.

Por todas las razones dichas hemos defendido repetidamente la Sierra de Guadarrama, cuya cercanía a Madrid la hace aún más necesaria como espacio de naturaleza pero también le proporciona un problema de uso público de especial intensidad. Lo hicimos al inicio de los setenta frente a la pérdida del carácter protegido de Peñalara como Sitio Natural de Interés Nacional para pasar a Sitio de Interés Turístico, con la instalación consiguiente de la estación invernal de Valcotos y con su pretendida urbanización en altitud de Monte Olimpo. Volvimos sobre ello cuando en los ochenta Valcotos desfiguró morrenas y espacios lacustres del circo de Peñalara para sus intereses técnicos. Tengo en este punto el recuerdo de una excursión inolvidable con González Bernáldez, Díaz Pineda y Benayas, por los prados de Peñalara, valorando en aquellos momentos lo valorable y repudiando lo repudiable. Y, sobre todo, ya en los años iniciales de nuestro siglo, trabajamos muy concienzudamente con colegas de gran prestigio en la confección de un Plan de Ordenación de los

Recursos Naturales de la vertiente madrileña de la Sierra, previo a su posible declaración como Parque Nacional, que alcanzó los 21 tomos, sección tras sección, propuesta tras propuesta, directriz tras directriz, mapa tras mapa. Esto nos involucró profundamente en la Sierra y en su Parque Nacional, de modo científico pluridisciplinario, y aún nos concierne desde el rigor, la seriedad y la ponderación. Desde los valores científicos y culturales, desde las vivencias profundas personales, desde la tradición naturalista, artística, excursionista, pedagógica y conservacionista guadarrameñas. Desde la plasmación metro a metro, puntillosa incluso, de lindes razonables y desde una estructuración territorial sopesada como conjunto y partes. Hoy la Sierra ha alcanzado, con alguna inevitable adaptación de aquel documento tras el proceso complejo de declaración del Parque Nacional, su protección en el rango que le correspondía y la red española tiene un elemento geográfico central que contribuye a armarla espacialmente y a dotarla de mayores calidades. De esto se trataba: de la montaña protegida.

PROTEGED LAS MONTAÑAS

Me refiero a una actitud vital que conduce a un aprecio de la naturaleza y a un compromiso ético en su defensa. En la práctica es luego algo muy complejo, incesante, diverso, universal. Con prolija aplicación local. Por ejemplo, acabo de leer el proyecto de decreto, aún en borrador, que ha salido a información pública a finales de diciembre de 2017, del PRUG (Plan rector de uso y gestión) del Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama, instrumento indispensable para definir los mil lados y rincones de la administración y de la utilización de ese territorio, y he quedado impresionado por su infinidad de figuras, por la ingente clasificación del enmarañamiento de todos sus aspectos. He recordado inevitablemente aquella sierra olvidada por la mayoría de los ciudadanos de los años cincuenta del siglo pasado, de sencilla

aventura personal y libre, que yo elegí como un eje vital entre otros sueños. ¿Todo este aparato normativo, toda esta casuística es para mantener un sueño? Pese a ello, alguien de mi edad es inclasificable en su uso y afecto a la sierra: aunque a veces camine, escale o brinque, no es senderista ni escalador ni carrerista ni ciclista ni cazador ni ganadero ni caballista ni turista, no está incluido en ningún apartado específico de la lista de tipos de usuarios, está descatalogado, ¿me cuento entonces entre todos esos estilos sin encontrar sitio o estoy excluido como tipo, raza o grupo visitante?

Me he quedado, pues, abrumado, a la vez satisfecho y desolado. Abrumado por la densidad y minuciosidad del documento. Satisfecho por su esfuerzo para abarcar hasta la última incidencia previsible. Y abatido en la intimidad porque termina con mi montaña abierta, espontánea, sin artificio, sin afectación, ceremonia ni control; todo ha quedado reglamentado, todo son casillas: es el precio pagado para no perder definitivamente la sierra, que, sin esta alternativa, hubiera quedado en las manos exclusivas de los mercaderes.

Por esto, porque el mundo es así, hoy no queda más remedio que proteger las montañas. Nunca ha sido tan necesario, porque ahora las redes funcionales territoriales lo cubren, lo atrapan todo, porque ya no hay confines que se guardan solos, porque ya no hay lugares desconocidos. O se es una cosa o la otra, pero hoy no vive al margen ni un risco estimado como inaccesible hace cien años. Y si hace cien años se emprendió la defensa de nuestras montañas con dos parques nacionales en lugares que eran valiosos porque eran agrestes, remotos y solitarios, ¿qué no hacer ahora? Lector, extiende un mapa del mundo o de España sobre tu mesa, mira sus montañas, pon una señal en lo actualmente protegido y piensa en todo lo que queda por proteger: esa es tu tarea.

No hay oficio de conservacionista; hay lugares que requieren ser protegidos. Procede con orden: la geografía de las calidades naturales te dictará la regla del proceso. Procede con realismo, sin quimeras, contando con los instrumentos y

métodos adecuados. Guarda la utopía para tu sentimiento, para tu voluntad, tus conceptos, pero aplica el sistema para tus objetivos concretos. Sé insistente. Sé generoso. Sé humilde. Sé laborioso. Si estás en ello puede que no consigas nada o sólo algo o tal vez incluso lo suficiente - naturalmente si eres contenido-, pero es seguro que ni no hay nadie allí intentándolo con imaginación, talento, método y tesón nada se logrará nunca. La cuestión esencial es que también opines que tus montañas se lo merecen.

Proteged las montañas, amigos que me acompañáis en este acto. Permitidme que acabe así esta charla. Combinad su visión horizontal con la vertical, propia de los relieves. Ved su paisaje como un todo, ponderad el valor de toda la montaña y de todas las montañas, la red de la realidad, tan necesitada, a la que se aplica la de la conservación para su bien y el de nuestro espíritu. El valor del paisaje global, el de las cumbres, el de los abismos, el de las aguas, el de la borrasca, el de los símbolos de la vida, el del mundo rural, el de los significados y el de lo vivido. No dejéis que mutilen sus paisajes. Porque, como escribía Rafael Altamira, si eso ocurriera, sería “herir de muerte el poder de evocación”.



Fundación Interuniversitaria
Fernando González Bernáldez
PARA LOS ESPACIOS NATURALES



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID